

DISCURSO DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE EL
SALVADOR DOCTOR NAPOLEON RODRIGUEZ RUIZ

*Señor Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México,
Honorables Delegados,
Autoridades Universitarias,
Señoras y Señores:*

Considero un señalado honor el ser en estos momentos el portavoz de nuestra Universidad para cumplir el gratísimo encargo de ofrecer y entregar al magnífico Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad de El Salvador. Deseamos que se comprenda muy bien que este grado académico que se le concede al doctor Chávez no es un mero acto de cortesanía. Muy pocos son los títulos de esta clase que la Universidad de El Salvador ha conferido. Y al otorgar éste, lo hace en atención a los extraordinarios méritos científicos y a la alta categoría de pensador eminente que definen la personalidad del doctor Chávez.

Como dije antes nuestra Universidad no ha sido pródiga en la concesión de esta clase de títulos.

Y esto lo traigo a cuento no con el ánimo de sobreestimar la calidad del que ahora recibe el doctor Chávez, sino para hacer ver la legítima autenticidad valorativa que se ha tomado en consideración para concederlo.

No es necesario que yo venga a hacer a ustedes relación de los múltiples merecimientos, que a través de una vida activa dedicada a la ciencia y a la consecución del bienestar de la humanidad, ha conquistado el doctor Chávez. Demasiado conocido es en él ese proceso de constante oblación a lo más noble que conlleva la misión del hombre sobre la tierra: la realización del bien y la lucha contra el dolor.

Pero sí quiero destacar aquí el raro privilegio que significa el poder ostentar, en la medida exacta de su definición, el título de "Doctor".

En la historia de los grados académicos, el de "Doctor" es el más antiguo y el de más alta jerarquía. En su origen equivalía a "Maestro" "Magister". En este sentido es usado en el Imperio Romano y lo encontramos con esa acepción en los escritos de los grandes historiadores, poetas, oradores y científicos de la época, como en "Cicerón, Quintiliano, Horacio, Suetonio, Plinio, etc. Pasó después a significar título o dignidad, adoptando el valor lexicológico que se le daba en la religión israelita, en la cual ya se mencionaban y existían los "Doctores de la Ley Mosaica".

La teología escolástica dignificó el título aplicándolo a sus más altos representantes. A Santo Tomás, por ejemplo se le llamó Doctor Angelicus o Universalis, a San Buenaventura, Doctor Seraphicus, a Gregorio de Rimini, Doctor Authenticus, etc. Todos esos calificativos nos traen a la mente la idea de excelencia, de elevada jerarquía espiritual, de una auténtica valorización ecuménica. Y los cito para insistir en el hecho de que dentro de la esencia de la calidad de doctor va ese atributo inconfundible de lo ecuménico, de lo universal.

Y desde ese punto de vista implica un tremendo compromiso intelectual el estar investido de esa dignidad académica. Tal compromiso abarca un ámbito insospechado dentro de la vida social y se traduce, casi siempre, en sacrificio y entrega. La humanidad deposita en los que alcanzan aquella dignidad doctoral, su fe, su esperanza, su destino. Cuando el mundo se agita convulso, sacudido por las grandes crisis de su historia, el hombre, indefenso, vuelve sus ojos a los "doctores" para que acudan en su ayuda. Y he ahí, que muchos, en esa hora decisiva, fallan. Y la comunidad pierde entonces mucho de su patrimonio espiritual, que ha costado sangre y lágrimas para conquistarlo.

Ya pueden vosotros considerar, señoras y señores, el orgullo que un pueblo debe sentir cuando cuenta en su seno con hombres doctos que están prestos a dar sus luces y a sacrificar su tranquilidad y bienestar, en aras del servicio a su comunidad. La República se siente segura, sabiendo que detrás de ella, está la fuerza mental de sus mejores hombres, que no traicionarán jamás su destino.

Por eso la Universidad de El Salvador, fiel a los grandes postulados que alientan su vida, se siente alborozada al ponerse en contacto fraterno con un hombre de la talla continental del doctor Ignacio Chávez.

Y ha querido unirlo a ella en íntimo consorcio espiritual acogéndolo como hijo suyo en este hogar ya centenario.

Viene así el eminente científico a ser un miembro más de la gran familia universitaria salvadoreña, cuya tradición se remonta a ciento veintiún años.

De esa gran familia surgieron los hijos que, paso a paso, con un fracaso hoy y una victoria mañana, han venido forjando la República. Aquí, como en México, como en toda la América hispana, las luchas por la libertad, los esfuerzos por la estructuración de la nacionalidad, tuvieron y tienen como paladines incansables a académicos universitarios. Aquí, como en México, como en toda la América india, han sido y son universitarios los que más han comprendido el dolor y la angustia de sus pueblos. Y lo han expresado en la literatura, en la obra científica. Y han hecho vivo el amor hacia esos pueblos con el sufrimiento, con el sacrificio. En la interminable batalla que se está librando por la salvación de los valores morales de la humanidad, en el combate que se renueva todos los días por la salud y el bienestar social, son académicos universitarios los que ocupan los puestos de vanguardia.

Muchos caen en la lucha. Los que quedan en pie, recogen la bandera y continúan la obra, en los laboratorios, en las Universidades, en los parlamentos, en la plaza pública, en las calles, y no pocos, aún en las cárceles o en el destierro.

Ese es el espíritu que la Universidad, madre múltipara, ha inculcado en sus hijos legítimos. Las aulas están llenas de las sombras de los muertos, que con su sangre nos trazaron un camino. Un hálito de eternidad se presiente en estas casas universitarias que son el hogar de todos. Y a nosotros, los que en ellas vivimos pareciera que a su conjunto nos nacieran alas. Y que una semilla de heroísmo estuviera germinando en nuestras almas.

La vida, como la tragedia griega, tiene dos caras: la de la alegría y la del llanto. A los hombres de ciencia, a los grandes benefactores de la sociedad, les toca moverse dentro de la segunda fase: la del dolor. Raras, pero muy raras veces participará de la alegría universal. Su trabajo, silencioso, casi ignorado, su rendición continua al servicio común, los alejan de todo aquello que pueda significar el goce superficial y ligero. Sus satisfacciones son, sin embargo muy hondas. Consisten en el alcanzamiento de los fines que harán más útil, más perennemente hermosa, más auténticamente noble, el trabajo humano.

El Dr. Chávez sabe de esa satisfacción. Científico eminente, hu-

manista, educador de juventudes, pero sobre todo, como hombre sencillo, comprensivo y amable, se ha dado a corazón abierto y ha tenido la dicha de ver el fruto de su obra.

Se da en él, el caso bien poco frecuente por cierto, del hombre que no es absorbido por el especialista. Sino al contrario. Antes y por sobre el cardiólogo, está el hombre, el hombre de carne y sangre.

Y por ello le vemos tratar el corazón desde dos ángulos que se complementan como mero cuadro anatómico, fisiológico y como pantalla en donde se refleja toda nuestra vida sentimental. Respecto de su habilidad y sabiduría en lo primero, pueden dar testimonio los miles de pacientes de todas las nacionalidades que han recibido sus servicios médicos. Y respecto de lo segundo, dan fe y verdad sus actividades humanísticas, ampliamente puestas de manifiesto en numerosos trabajos publicados, entre los cuales merecen especial citación: "La actitud del médico frente a sus enfermos cardíacos". "El Padre Hidalgo", publicado en Cuadernos Americanos en 1953; "La obra del Bienestar Social de la población rural de México", "Evolución de la Medicina en México" (Conferencia pronunciada en la Sorbona de París); "La actitud del médico frente a su enfermo con infarto mio-cárdico"; "Grandeza y Miseria de la especialización médica, aspiración a un nuevo humanismo", leído en el 3er. Congreso Mundial de Cardiología, en Bruselas, etc. etc. Muchos de estos trabajos, especialmente el último citado, han sido traducidos a varios idiomas.

Las juventudes americanas tienen una deuda de gratitud con el Dr. Chávez. El ha enseñado a varias generaciones de estudiantes, graduados y no graduados. Y en todos ellos ha dejado impreso el fluido de su singular personalidad. Por América entera andan regados sus discípulos. De él aprendieron la ciencia, la modestia, la honestidad científica y profesional, y esta máxima de suprema humildad: ser por todo y sobre todo, siempre estudiantes.

Dios permita que el Dr. Chávez viva aún muchos años para que las futuras generaciones de estudiosos puedan tener el privilegio de formarse bajo el signo de su sabiduría patriarcal.

Aquí, en El Salvador, tiene también sus discípulos. Aquí en El Salvador, tierra volcánica como su México, tiene también gentes que le admiran. Aquí, le ofrecemos nuestra amistad y le brindamos nuestra hospitalidad; esa hospitalidad nuestra que tiene ya caracteres de tradición nacional, que viene desde el humilde y miserable albergue del rancho indígena, se riega en nuestro paisaje, ancho de horizonte

y de cielo, canta en nuestras fuentes y se detiene en la austeridad colonial de nuestras pequeñas ciudades.

Sed, pues, Dr. Chávez, nuestro huésped de honor y recibid este título de la más modesta de las Universidades de América, pero grande en su sinceridad y en su devota admiración hacia los valores esenciales del espíritu.

San Salvador, noviembre 20 de 1961.